

EDITORIALES

Más pronto que tarde

El clima de entendimiento entre los gobiernos central y vasco debe permitir un acuerdo para completar el Estatuto en un plazo razonable

Los gobiernos central y vasco acordaron en enero de 2019 un calendario para completar las transferencias pendientes a Euskadi, salvo la gestión económica de la Seguridad Social, en el plazo de un año. Transcurrido ese periodo sin avances significativos por el parón institucional que supuso la doble convocatoria de elecciones generales, la reactivación de las negociaciones impulsada esta semana por ambos ejecutivos debería traducirse en el cumplimiento íntegro del Estatuto de Gernika en un plazo razonable. La voluntad compartida de alcanzar esa meta y la sintonía política entre las dos administraciones habrían de contribuir a que el proceso se materializara de forma satisfactoria más pronto que tarde. El consejero Josu Erkoreka y la ministra Carolina Darias tienen previsto pactar este mismo mes un nuevo calendario de la treintena de trasposos sujetos a discusión. Se trata, en la inmensa mayoría de los casos, de cuestiones menores sobre las que no es previsible que surjan insalvables diferencias que dilaten el consenso. Más dificultades técnicas presenta la transferencia de las prisiones y, sobre todo, la de la gestión económica de la Seguridad Social. Son las dos únicas materias de calado contempladas en el Estatuto de las que todavía carece Euskadi sin que tal hecho, aunque resulte criticable, permita en modo alguno cuestionar el nivel de autogobierno sin parangón en Europa del que disfruta desde hace décadas, no siempre valorado en sus justos términos por el nacionalismo vasco. La transferencia del régimen económico de la Seguridad Social, no prevista en ningún otro Estatuto de Autonomía, presenta una complejidad técnica que no cabe soslayar y que obstaculiza un acuerdo tan rápido como el que es posible sobre otras competencias. La disposición al entendimiento entre los dos gobiernos habrá de salvar sus eventuales diferencias al respecto, minimizadas después de que el PNV haya rectificado al aceptar la competencia sin romper la caja única de la Seguridad Social. Una pretensión que no solo iba más allá de lo establecido en la Carta de Gernika y vulneraba la Constitución, sino cuya materialización, con un déficit anual de 4.000 millones en el sistema de pensiones en Euskadi, sería una ruina para la economía vasca. Cabe esperar que ni la inminencia de las elecciones autonómicas ni la precaria estabilidad del Gobierno de Pedro Sánchez impidan completar a la mayor brevedad el Estatuto, una asignatura pendiente que ya es hora de aprobar.

Agenda completa

No cabe duda de que el principal problema que tiene ante sí este Gobierno es la cuestión de Cataluña, tanto en sí misma cuanto por la influencia de las formaciones nacionalistas en los precarios equilibrios políticos estatales. La presunta decisión de ERC de abandonar la vía unilateral y secesionista para iniciar nuevas negociaciones posibilistas y constructivas sobre la solución del conflicto es pieza clave de la estabilidad gubernamental y de la continuidad de la legislación. Aunque hay muchos más frentes abiertos. De entrada, la cuestión catalana no puede aislarse de la financiación autonómica general, que es necesario actualizar y mejorar. El Ejecutivo ha de mitigar el malestar autonómico actual, evidenciado a través de las protestas por el IVA no recuperado, y paliar el estallido agrario, debido a disfunciones en la PAC y a incoherencias en la política agrícola. Todo ello pondrá a prueba la coordinación del gobierno de coalición.

EL CORREO

DESDE 1910 EL CORREO ESPAÑOL - EL PUEBLO VASCO

Director José Miguel Santamaría Alday

Subdirectores
Oscar Villasanté,
Manuel Arroyo,
Zuriñe Ortiz de Latierro

Adjuntos a la dirección:
César Coca,
Pedro Brivings

Jefes de Área
Alberto Iellitu y Ángel Pereda (Información), Óscar Alonso (Edición),
José Mari Reviriego (Ciudadanos), Adolfo Lorente (Política),
Encarni Bao (Mundo), José Vicente Merino (Economía),
María José Tomé (Cultura), Antonio Santos (Deportes), Javier Trigueros
(Suplementos), Iker Añua (Edición Digital), Alejandro Belman
(Dirección de Arte) y Bernardo Corral (Fotografía)

Secciones
Miguel Pérez, Sergio García y José Luis Ondovilla (Ciudadanos),
Iván Onto (Política), Juan Angel Manuñón (Edición-cierra),
Manu Álvarez (corresponsal económico), Lourdes Aedo (Jantour),
María del Carmen Navarro (Diseño), Mauricio Martín
y Jesús Oleaga (Documentación)

Canciones para después del Brexit

JAVIER ZARZALEJOS

Se ha dicho con agudeza que Reino Unido nunca estuvo completamente dentro de la UE y tampoco lo estará fuera. Pero sus problemas internos no van a mejorar tras la salida

Si hay algo que uno no debe hacer ante un británico –sobre todo, si es inglés– es ponerse sentimental. Entre las virtudes que adornan a este pueblo no figura la de la respuesta cálida a los afectos. Por eso tengo que reconocer que mantuve una cierta distancia personal cuando muchos de mis colegas en el Parlamento Europeo, después de votar el Brexit, se empezaron a balancear con las manos entrelazadas al ritmo cadencioso de ‘Auld Lang Syne’ que se pusieron a entonar para despedir a los británicos en un ambiente de fuego de campamento.

Muchos británicos merecían una despedida cordial. Con ellos pasa como con los catalanes: se tiende a pensar que todos querían abandonar la Unión Europea, de la misma manera que los poco informados y los nacionalistas creen que todo catalán por el hecho de serlo quiere independizarse de España. Y no es así en ninguno de los dos casos, menos aún en el caso de los catalanes. Otros, la mayoría de los eurodiputados del Reino Unido, más que recibir nuestra despedida, se despedían de nosotros con el mismo afecto con el que lo haría un preso al que le abren la puerta de la cárcel después de haber cumplido condena, pero añadiendo los toques ruidosos y extravagantes tan del gusto británico para demostrar lo felices que estaban. Fue Nigel Farage –les ha durado poco el amigo a Puigdemont y Comin– quien lo formuló para la posteridad: «Amo Europa –dijo–, pero odio la Unión Europea». La cita es traducción literal y la declaración de Farage es la versión eurofoba de una vieja trampa argumental.

Ya se sabe que la aprobación del «acuerdo de retirada» del Reino Unido no es el fin del proceso de desconexión, pero es más que el principio del fin. Cuál sea este final es lo que hay que negociar en muchos capítulos que no son únicamente los comerciales. Se ha dicho con agudeza que el Reino Unido nunca estuvo completamente dentro de la UE y tampoco estará completamente fuera. «No nos une el amor, nos une el espanto», escribió Borges de Buenos Aires. Ahora, cuando acabamos de conmemorar el 75 aniversario de la liberación del campo de exterminio de Auschwitz, no está de más recordar a los aventureros del antieuropeísmo que el espanto es el elemento primario que unió a los europeos en torno a un proyecto de integración cuyo fracaso significaría para Europa despenarse, de nuevo, hacia la autodestrucción. Y algo de espanto ha aparecido también en el caso del Brexit ante el riesgo de volver a una frontera «dura» entre las dos Irlandas y la pesadilla de miles de camiones paralizados en los puertos continentales si al final nos hubiéramos precipitado a un Brexit sin acuerdo. Algo de espanto, si no amor, debe unimos para seguir afrontando la amenaza del terrorismo yihadista global; para hacer frente a las nuevas potencias revisionistas

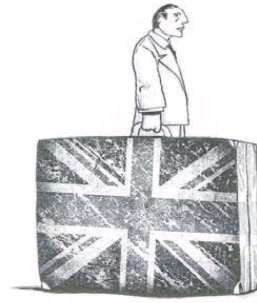
del orden internacional –Rusia, China– que reclaman, como la Alemania de la guerra europea, su propio «lugar al sol». Algo de espanto debería unirnos ante las consecuencias de quedar descolgados de la carrera tecnológica; alguna prevención, en fin, ante los riesgos que enfrenta la cohesión europea.

No va a ser fácil porque el Brexit se sostiene en buena medida sobre la ensoñación de una relación excepcional con Estados Unidos, como si el Reino Unido hubiese abandonado una Unión para integrarse de hecho en otra. Como suele decir Donald Trump, «eso no va a ocurrir» y, aunque el comercio con terceros países haya crecido, casi el 45% de las exportaciones británicas van destinadas a la UE. Si los británicos no negocian bien, el país perderá atractivo como vía de acceso al mercado europeo. Eso significa también que una política absolutamente restrictiva en materia de inmigración y circulación de personas no va a ser el mejor planteamiento para otros acuerdos con países hasta ahora terceros.

Para Guy Verhofstadt, ex primer ministro belga y ponente del acuerdo de retirada en el Parlamento Europeo, «el Brexit comenzó cuando la Unión empezó a hacer excepciones: ‘opt-outs’, ‘opt-ins’ ‘cheque británico’. Reprochaba Verhofstadt los efectos que, al final, ha traído para la Unión esa política que cabría calificarse de apaciguamiento. No comparto en todo el análisis, pero sí en lo que quiere indicar: quien no quiere encajar, no encuentra nunca encaje. Tomemos nota.

Ahora el populismo de los ‘brexiters’ queda sin coartada. Tendrán que dar cuenta de los cientos de millones que dijeron que todas las semanas iban a Bruselas en vez de revertir en la sanidad. Tendrán que demostrar que sus fronteras y su seguridad están mejor garantizadas aunque hayan padecido un terrorismo como el del IRA mientras mantenían el pleno control. Tendrán que ver si la sociedad británica gana en cohesión y valores compartidos, y que el propio Reino está de verdad más unido, aunque el Brexit haya sembrado un desacuerdo fundamental cuando Escocia, Gales e Irlanda del Norte se han pronunciado en contra de abandonar la UE.

Creo, más bien, que los problemas endógenos del Reino Unido no van a mejorar tras su abandono. Europa no debilita la monarquía –se bastan solos en Buckingham–, ni erosiona el modelo de bienestar; no agrava las dificultades de integración ni afecta a la identidad de una sociedad diversa maldada según el paradigma multicultural. Al contrario, sin la UE es muy probable que los secesionistas hubieran ganado el referéndum en Escocia, y es seguro que sin el marco y el contenido aportado por la Unión, los acuerdos de Viernes Santo –y, con ellos, la paz en Irlanda del Norte– no hubieran sido posibles. Por ejemplo.



:: JOSÉ IBARROLA